

LA PRECARIEDAD DE LO PRECARIO COMO AGOTAMIENTO SOCIAL. *UNA APROXIMACIÓN ALTERNATIVA A LA LLAMADA "SOCIEDAD DEL ENVEJECIMIENTO"*

ESPACIO ABIERTO

ALEJANDRO KLEIN - alejandroklein@hotmail.com
Oxford Institute of Population Ageing, England

FECHA DE RECEPCIÓN: 11-6-2022
FECHA DE ACEPTACIÓN: 11-10-2022

Resumen

La sociedad escasa o de modernidad desconcertada, tal como se presenta en este trabajo, implica en rasgos muy generales una situación en que la comunidad niega sus fundamentos. Se plantea como hipótesis central que se trata de un agónico declive del lazo social, el contrato social, los sistemas expertos y la asunción de lo precario y luego de lo precario: *la precariedad de lo precario*, fórmula psicosocial con la que se intenta explicar la preeminencia de la ansiedad generalizada, la imposibilidad de la autoestima, lo ominoso, la banalidad del mal y lo terrorífico, como aquellos marcos existenciales y societarios en los que habitamos los sujetos hoy. Desde allí se plantea la pregunta si es posible relacionar estos factores con otros que quizás están pasando desapercibidos, como el declive, por el momento irreversible, de la tasa poblacional, que implicará en pocas generaciones más la extinción de la Humanidad.

Palabras clave: Precariedad, tanatopolítico, malestar

THE PRECARIOUSNESS OF THE PRECARIOUS AS SOCIAL EXHAUSTION. AN ALTERNATIVE APPROACH TO THE SO-CALLED "AGEING SOCIETY"

Abstract

The scarce society, or the society of disconcerted modernity, as it is presented in this work, implies in very general terms a situation in which the community denies its foundations. The central hypothesis is that it is an agonising decline of the social bond, of the social contract, of the systems of experts and of the assumption of precariousness and then of the precariousness of the precariat: The precariousness of the precarious, a psychosocial formula that attempts to explain the pre-eminence of generalised anxiety, the impossibility of self-esteem, the ominous, the banality of evil

and the terrifying. From there, the question arises as to whether it is possible to relate these factors to others that perhaps go unnoticed, such as the decline, for the moment irreversible, of the population rate, which will imply in a few more generations the extinction of Humanity.

Key words: Precariousness, tanatopolitics, malaise

Dedico este trabajo, con todo mi dolor, a:
Hajnal Klein y sus hijos:
Renée Klein, Lili Klein, Herczi Klein e Irenez Klein,
asesinados al menos 3 de ellos
en el Konzentrationslager Auschwitz-Birkenau,
entre junio y diciembre de 1944

Introducción

Probablemente volver a releer “Malestar en la Cultura” (Freud, 1930), es un buen ejercicio para recordarnos una vez más, por si aún cupiera alguna duda, la clarividencia inteligente con la que Freud era capaz de tocar terrenos que aunque alejados de la clínica, no dejaban por eso de “reverdecer” bajo el prisma psicoanalítico.

Sin embargo, aquel “malestar” freudiano es difícilmente reconocible hoy en día, entre otras cosas porque parece improbable que esa cultura decimonónica tenga alguna relación con este entorno cultural que nos habita y atraviesa. Aquella cultura freudiana parece con todo, y a fin de cuentas, amable y ciertamente gentil, pues “ofrecía” a cambio de lo que “quitaba” y tras la renuncia a la pulsión, aparecían sucedáneos más o menos gratificadores (Kaës, 1993). En otras palabras: más allá de sus “locuras”, aquella cultura podía aún sostener el lazo social y el contrato social, aunque fuera como ficciones eficaces (Lewkowicz, 2004).

En realidad, la gran reflexión freudiana gira en torno a la pulsión de muerte y cómo la cultura ha de vérselas, en definitiva, con una moción tan anti-societaria. Y sin embargo y teniendo en cuenta todas las diferencias del caso, se puede afirmar que la pulsión de muerte sigue siendo un elemento clave para lo societario actual. Pero no para reprimirlo o desviarlo, sino para probablemente exacerbarlo en forma de un malestar más allá de cualquier malestar (Anders, 2011).

En este sentido se propone la hipótesis que lo societario actual utiliza todas y cada una de las manifestaciones de la pulsión de muerte (en especial la violencia que destruye hasta el cero inanimado, el terror a la retaliación, y la identificación con el agresor) para domeñar (disciplinar), simplificar y arcaizar cada vez más al sujeto (Freud, 1924; Frankel, 2002).

Pero, en un punto tan exacerbado, tan radical, que es difícil negar que lo societario hoy implica menos ofrecer a cambio de dar, y más una vulgar política de arrebatarse y saquear. Parecería que cada vez menos aparecen productos compensatorios y lo que se “devuelve” es en términos de ansiedad, estar en falta y endeudamiento, con lo que finalmente ya no existen garantías que permita la convicción de la conveniencia de vivir societariamente.

Ni la convicción ni el simulacro de convicción: no hay protección para los más débiles, las políticas de concentración de dinero y poder se multiplican sin freno, no hay reconocimiento de deuda social alguno y el Estado se vuelve cada más un ente monadal preocupado solo por sí mismo y por perpetuar “ad infinitum” sus privilegios (Ariès y Duby, 1990).

Todas las políticas de la solidaridad, la empatía, la libertad, la tolerancia, la amabilidad, se diluyen en la lava de la denuncia desenfrenada de todos y hacia todos, la paranoia, la confusión y la estultofílica posición de alabar la ignorancia intoxicados y embebidos en toneladas de Netflix, Redes, Google, y pantallas luminosas que no son sino manipulaciones de los grupos de poder (Klein, 2013).

En lo que sigue se ampliarán cada uno de los puntos por lo que lo societario se va transformando en un agobio cada vez más mayor e imposible de ser manejado en términos de racionalidad y sentido común. Con lo que en la parte final y Conclusiones, señalaremos hasta qué punto esta serie de procesos se conectan con otros, que parecen pasar desapercibidos, relacionados a la extinción de la reposición poblacional y por ende, al proceso de la despoblación creciente e irreversible de la Humanidad.

Sociedad escasa. Modernidad desconcertada

La sociedad escasa o de modernidad desconcertada, parecería implicar en rasgos muy generales, una situación en que la comunidad niega sus fundamentos. Es el largo y agónico declive del lazo social, el contrato social, los sistemas expertos y la asunción de lo precario y luego de lo precario: *la precariedad de lo precario*, fórmula psicosocial con la que se intenta explicar la preeminencia de la ansiedad generalizada, la imposibilidad de la autoestima, lo ominoso, la banalidad del mal y lo terrorífico como los marcos existenciales y societarios en los que habitamos los sujetos hoy (Giddens, 1997; Klein, 2021)

De esta manera el contrato narcisista se resiente afectando la continuidad, la permanencia y el cambio. Los lugares ofrecidos por el colectivo escasean generándose una política de muerte y expiación, provocando la violencia generalizada entre sus sujetos y contra sus sujetos (Girola, 2007; Aulagnier, 1975).

Se podría suponer que la sociedad tradicional alentaba y proponía una matriz socioeconómica que era relativamente estable, con instauración de un porvenir probable y declaración de una promesa alcanzable. Se trataba así de mantener como telón de fondo o meta-encuadre, un contexto económico previsible con estabilización social. Una especie de homeostasis social, propia del principio de constancia, principio de funcionamiento psíquico, tanto como regulador social y organizador familiar (Laplanche y Pontalis, 1981).

De esta manera, se podría entender que la adolescencia era un espacio de llegada y experimentación para los jóvenes, con la existencia de una promesa de integración social, que permitía y alentaba un pasaje posible a un estado adulto que a su vez recibía apuntalamiento desde otro espacio social llamado “adultez” (Erikson, 2000).

Por el contrario, desde la sociedad desconcertada, se genera un “desapuntalamiento” de la adolescencia y en general de los espacios sociales, los que se vuelven vacíos, se agotan o pierden sentido como espacio de vida,

cotidianidad y júbilo. Parecería que asistimos a una experiencia societaria por la que se requiere que algunos, o la mayoría de sus integrantes estén en un no-lugar, por lo que jóvenes, adultos o viejos, asumen un lugar de sobrantes, inintegrables o residuos tóxicos (Urribarri, 1990; Castel, 1997).

Simultáneamente, con la “rotura” de un tejido social y cuando el principio de constancia se rompe, los sistemas explicativos plausibles se empiezan a mostrar parciales e insuficientes, con lo que se hace imprescindible o volver a repensar teorías, dispositivos y formas de construcción societarias o renunciar a tal tarea y enfrentar experiencias de desconcierto frente a mínimos anclajes subjetivos-societarios que de cualquier manera se muestran en estado evanescente (Franco, 2000, 1998).

Cabe indicar que estos mínimos anclajes, no se relacionan en modo alguno al concepto de lo líquido de Bauman. Es imposible ignorar que en este societario desconcertado también hay lugar (y mucho), para experiencias fundamentalistas, espesas y rígidas en torno a la intolerancia paranoicamente instalada (Bauman, 1999, 2005, 2007, 2013, 2017). Observamos así la resurrección del fanatismo religioso, cultural y político. Todo lo que se afirma se afirma de forma dogmática, apasionada, como si fueran cuestiones que no se pueden rebatir. Como si quien rebate fuera un enemigo sospechoso (Machado, 1996).

De esta manera, el espesor de lo políticamente incorrecto es una telaraña que se expande cancerígenamente y frente a la cual se sucumbe con enorme facilidad por temor a la crítica, la pérdida del empleo, al escrache desde las redes o la retaliación. Sociedad talibánica (Klein, 2013) que impone certezas neoevangélicas, referencias duras y la intolerancia contumaz (Enriquez, 2001). No es pues que no haya moral en la modernidad “líquida”, sino que la guía moral de nuestros días parece ser cada vez más la intolerancia estultoflicamente inadvertida (Aubrée, 2004a, 2004b, 2005). Pasamos a una cultura del Otro ya no es “amigo” ni “enemigo”, sino un “extraño” con el que la convivencia se torna imposible o peligrosa (Kehl, 2000).

La sociedad tradicional generaba, probablemente desde el punto de vista de la agenda social, la *ficción eficaz* de un gran puzzle donde todas las “piezas” encajaban (o parecían encajar): la familia era (aparentemente) “complementaria” con la pareja personal, que era a su vez (aparentemente) “complementaria” con la biografía personal, que era (aparentemente) “complementaria” con el desempeño social, que era a su vez (aparentemente) “complementaria” con el sentimiento de autenticidad con uno mismo (Lewkowicz, 2004; Donzelot, 1998; Giddens, 1990, 1997, 2006)

Pero en el territorio del desconcierto, las piezas claves de lo social y lo político ya no parecen “ensamblar”, sino que para que encajen hay que apretar y presionar. Por ejemplo, la política de hiperadaptación al mundo laboral hace que el vaivén casa-trabajo se fracture. O se es “fiel” al mundo del trabajo o se es “fiel” al mundo de la familia. O se está en deuda con uno o se está en deuda con otro (Bollas, 1991, 1993).

Los dispositivos de la agenda social terminan así en colisión porque cada espacio social se vuelve absorbente e invasor, respondiendo a la lógica cancerígena del capitalismo (Castoriadis, 1982, 1992, 2004). Lo societario se torna un puzzle bizarro que enfrenta a situaciones imposibles, que no pueden estar sino en permanente búsqueda de legitimidad y donde se haga lo que se haga, persistirá de cualquier manera un sentimiento de malestar y ansiedad (Habermas, 1989, 1988).

Desde una perspectiva política, la democracia también se torna confusa: o es una forma de control de poder, o una forma de participación y decisión o como alternativa mesiánica capaz de resolver todos los problemas, o una ficción en la que nadie cree y pocos apoyan. Por otro lado, el Estado no desaparece pero ha perdido eficacia en resolver los problemas sociales. La ciudadanía a su vez es un valor irrenunciable pero a la que se manipula y niega cuando a los gobiernos les es conveniente, tal como vimos en los últimos episodios del Covid-19 (Habermas, 1998; Kymlicka y Wayne, 1997, Klein, 2020,2021).

De esta manera, el predominio de estructuras confusionales (que ya no son simplemente crisis o traumas) hace que las cosas que suceden ya no se sabe cómo

abordarlas adecuadamente. A la multitud de problemas irresolubles se yuxtaponen además la perplejidad de problemas manipulados desde los medios de comunicación y las redes. Y finalmente ya no se sabe qué es verdad ni qué es mentira (Huizinga, 2005).

Por otro lado (lo que retomaremos más adelante), se mantienen dispositivos que ya no tienen efecto performativo alguno, aunque mantienen una lógica invasora implacable. De esta manera, las escuelas se hacen así hiperadaptativas, el trabajo – cuando se lo mantiene- se vuelve absorbente e invasor y la familia se multiplica en una serie de escenas sin núcleo unificador, aunque se la siga ubicando como la responsable tanto de los males sociales como aquella que debe resolverlos (Lewkowicz, 2004; Duschatzky, 2002).

Estas escenas en estado nómada y sin núcleo unificador, se correlacionan a una proliferación cancerígena del pensamiento en forma de rumiación angustiante donde todo se vuelve a cuestionar una y otra vez: “¿Qué es la familia?”, “¿Cómo hay que vivir?”, “¿Qué es la pareja?”, “¿Cómo debe ser la convivencia?”, “¿Qué es el trabajo?”, “¿Cómo se educa a los hijos?”, “¿Qué es uno mismo?”, “¿Cuál es el sentido del esfuerzo?” (Kohut, 1977, 1982; Chasseguet Smirgel, 1975, Valdré, 1998).

392

Situación de lo social en la contemporaneidad

Esta serie de preguntas que inquietan, en tanto se mantienen en el orden del enigma y en el mejor de los casos, dentro de una lógica de tanto y experimentación permanente, consolidan situaciones societarias en torno al desconcierto, el agobio y lo indeterminado (Forrester, 2000; Tavares, 1999).

Se podría decir entonces que el pasaje de aquella sociedad amplia y auspiciante que caracterizó la modernidad tradicional, y que fue especialmente clara en lo que se denominó el bienestar keynesiano, o sociedad de bienestar, ha dejado paso a una sociedad escasa y desamparante, probablemente enraizada en modelos neoliberales que supieron gozar de gran legitimidad y frente a los cuales aún se hace difícil encontrar alternativas (Sader, 2008).

Por otro lado, no hay que descuidar que existen otros factores en juego. Uno de ellos parece referirse al desfallecimiento de los tradicionales dispositivos de integración a lo societario, como la educación o el trabajo. La educación ya no educa y genera sujetos aburridos en permanente estado de deserción académica. Asimismo, el trabajo se ha vuelto tan inestable y siempre al límite de perderlo, que quizás sea más razonable utilizar el término “ocupación”, antes que “trabajo”, concepto que remite a una solidez que el término ya no puede garantizar (Corea y Lewkowicz, 2004).

Para retomar un término de Giddens (2006), se produce un “desanclaje” entre el mantenimiento de una “promesa” social de integración y los instrumentos por los cuales la misma se efectivizaba, generándose esta situación singular: aunque han entrado en crisis los rituales o dispositivos de integración, los mismos siguen despertando, sorprendentemente, expectativas, esperanza y crédito social. El trabajo y la educación preservan así su legitimidad, aunque advienen dispositivos aislados e incommunicados del marco imprescindible (contrato social-lazo social) que les pueda otorgar un sentido profundo y sensato como promotores y sostenedores de sostén social (Merton, 1964).

393

Esta situación contradictoria donde siguen conservándose parasitariamente los *contenidos*-los dispositivos educativos y laborales-mientras el *continente*- la promesa- se ha diluido, no puede sino generar situaciones ambiguas o desconcertantes. La contraposición de un futuro que ya no se puede anticipar, junto a la persistencia de dispositivos positivistas e instrumentales, no puede sino generar modelos de subjetividad muy alejados de aquellos tradicionales, constituidos en torno a la “ciudadanía” y al “obrero digno”, lo que desarrollaremos en un apartado específico (Lewkowicz, 2004; Klein, 2012).

Cabe indicar además que otro de los “desanclajes” en juego es aquel en relación al pasado y el futuro, y en este sentido parece ser que la memoria se ha vuelto descartable como orientadora del curso vital, la conformación generacional y la constitución histórica. Todo se reconstruye todo el tiempo: no hay ayer, no hay

hoy, no hay mañana. Solo la experiencia de la deriva nirvánica, donde todo se intenta volver a reconstruir y reconstruirse donde sea y cómo sea.

En la búsqueda de explicaciones “racionales, aparentemente el llamado “consumo” aparece legitimado como la categoría capaz de explicar algunas de las conductas actuales, reinaugurando la quimera de una sociedad comprensible, global, uniforme, homogénea, con espacios abiertos y sin límites. De la misma manera, hasta no hace mucho, se pregonaba que lo “virtual” generaría una sociedad sin fronteras para el comunicación y el conocimiento (Castells, 1996).

Pero, es todo lo contrario. Ambos conceptos dicen menos de lo que pretenden y son probablemente pobres descriptores de las precariedades que se imponen todo el tiempo y por todos lados, con grados de violencia que es difícil catalogar¹. Esta violencia, que tiene múltiples manifestaciones, achica cada vez más, ahoga cada vez más. No solo hace imposible recorrer el espacio abierto de una calle. Hace imposible además recorrer el espacio abierto de una ciudad, al punto que ya no hay ciudades en sentido clásico, sino yuxtaposición de diversos guettos recelosos entre sí. Una y otra vez repasamos en google map por dónde ir, por dónde no ir. Los caminantes errabundos de la noche al estilo de *Fahrenheit* 451, se vuelven también categoría anacrónica (Arendt, 2005).

Así como la ciudad, si es que algo permanece aún como tal, se vuelve un espacio muy pequeño y cerrado, también las casas y apartamentos son cada vez más pequeños. Todo cada vez más chiquito. Todo como escondido y atravesado por espacios clandestinos, como la sexualidad a través de tinder, como la sociabilidad a través de las redes, como las sonrisas de Hollywood en las selfies. Como veremos: el espacio de la mente reducido a una pantallita de celular, los duelos reducidos a

¹ En este intento de “catalogar” la violencia se insiste por parte de los medios de comunicación que la expresión máxima de violencia de nuestros días es la violencia de género y el feminicidio. Y sin embargo, basta recorrer las crónicas policiales un par de días para constatar que junto al feminicidio, coexisten en igual medida el parricidio, el filicidio, el matricidio, el fraternicidio, el abuelicidio, el nieticidio, el tiocidio, el sobrinicidio y el homicidio (¿sería el asesinato del hombre?). Es decir: ¿estamos en el terreno de lo discursivo o en el de los hechos duros, que como sagazmente reclamaba Hanna Arendt, son los únicos válidos para el estudio científico de lo social? (Arendt, 1998).

minutos pues es imperativo sonreír, el amor reducido a la imposibilidad cruel del amor (Birman, 2001).

De la misma manera y siguiendo la lógica de la máxima constricción y disciplinamiento, toda seducción es condenada pues se la categoriza como violencia, machismo o abuso. La represión es tan severa y radical que basta lo que antes se llamaba “piropo” para que el “transgresor” pueda tener problemas con la Ley. La expansión semántica de lo que es abuso se vuelve tan excrecente que prácticamente lo cubre todo y todo puede ser abuso (miradas, amabilidad, atención, un gesto), lo que en realidad encubre otra realidad que parece no preocupar: la sistemática represión de la sexualidad, especialmente la sexualidad heterosexual, mientras parece surgir la consigna de que se debe ensalzar otras variedades de lo sexual: androginismo, homosexualidad, transgénero, género no binario, etc. (Marcuse, 1970; 1981).

Por supuesto que nuestra época, no puede pensarse ni aceptarse a sí misma en términos de represión, una represión que nada tiene que envidiar, sin embargo, a las mejores épocas del catolicismo ¿Cómo podría pensarse y aceptarse así una época como la nuestra, convencida de que está en una nueva cima del progreso, cambiados ahora los íconos del progreso de antaño: los rascacielos, los ferrocarriles y el ahorro, por sus íconos actuales: el móvil, Netflix y el endeudamiento crónico con la tarjeta de crédito? (Elias, 2009; Foucault, 1976; Zizek, 2001).

La precarización y el desconcierto social

Probablemente, una de las formas de caracterizar el contexto social actual es indicar cómo el modelo de bienestar social estatal ha sido “pauperizado” por la aplicación extendida de medidas neoliberales, que junto a otras modalidades sociales centradas en la pérdida de referencias, colapso de lo legitimado y anacronicidad y crítica severa y exacerbada de referentes y modelos del pasado, implican un estado de precarización de lo que ya no puede ser estable, lo que genera desconcierto social y subjetivo (Sader y Gentili, 1999; Klein, 2012).

Como ya hemos indicado, se podría suponer que la modernidad tradicional buscaba consolidar un modelo homeostático de funcionamiento social, familiar y psíquico a través de situaciones de sedentarización: el sujeto es parte de las instituciones (como la familia) y contribuye a su cambio. Para eso pasa a ocupar una especie de “centro” institucional. El sujeto recibe, por ende, garantías para permanecer “dentro” de las instituciones, forma parte de ellas, recibiendo y transformando el relato institucional-familiar y contribuyendo a cambios en el mismo (Kaës, 1987).

Pero esta tradicional pretensión institucional de espacio cerrado ha dado lugar a un espacio poroso, por no decir: agujereado. Las instituciones ya no contienen, sino que expulsan o ya no saben cómo recibir y “albergar” a los sujetos que la integran. De la misma manera lo que llamamos hoy Hogar actualmente ya no contiene, transformado en escenario de deserciones, micro-fugas y expulsiones (Roudinesco, 2003; Bruschini, 1981).

Una de sus consecuencias es que paulatinamente las garantías se comienzan a cancelar y agotar, con lo que podría pensarse que lo discontinuo pasa a prevalecer sobre lo continuo y el vacío sobre la memoria. Una de sus manifestaciones es la ruptura del eje generacional, temporal y espacial de la cultura en una serie de fragmentaciones que se imbrican con el predominio del “instante” en detrimento de lo biográfico y con la relevancia de lo territorial, los enclaves fortificados y los guetos urbanos en detrimento de lo urbano compartible (Pires do Rio Caldeira, 2000).

Asimismo, donde se agota la transmisión comienzan a predominar las experiencias de ensayo y error. Pero cuanto más predominen las experiencias de ensayo y error, más la sociedad, más la familia, más el objeto y el sujeto cometen una y otra vez errores, volviéndose tentativos, erráticos, desconcertantes (Bauman, 1999, 2007). De esta manera, ahí donde debe haber transmisión cultural legitimada, se transmite lo deslegitimado o criptas o agujeros de transmisión en relación con catástrofes sociales en la que predomina cada vez más lo irreversible sobre lo

reversible, sin posibilidad de elaboración social o reformulación generacional (Missenard, 1989).

De esta manera existe una reformulación del relato, del legado o “herencia” a transmitir. Lo que se transmite pasa a ser una “deuda” que implica una forma de “descontractualización generalizada” desde una sociedad desconcertada. Desde el momento en que las condiciones de vida se precarizan crónicamente y el ahorro se vuelve un don imposible de transmitir, lo que queda como resto de la herencia social se vuelve así endeudante (Epele, 2010).

Esta herencia endeudante y por eso tóxica, se refiere a las condiciones actuales de incertidumbre por la anulación del empleo, el porvenir, el bienestar, la escasez sanitaria y el desorden climático y en definitiva, a la profunda alteración de los sistemas de fiabilidad y sistemas expertos (Giddens, 2006, 1995).

Se debe aclarar, profundizando lo ya señalado, que esta sociedad escasa-precaria-desconcertada (Klein, 2006) puede ser entendida asimismo como un espacio estrecho donde ya no hay oportunidades ni lugar social para todos, y donde además la mayoría sobra. A estos sobrantes se les pide que se sacrifiquen por los demás, haciéndoselos aparecer como el obstáculo para poder retornar a una sociedad que cuida y protege. Este “sacrificio de si” plantea entonces la utopía de que con la posible desaparición de los sobrantes (migrantes, viejos, pobres, indígenas u otros) se podría restablecer ilusoriamente una sociedad acogedora (Castel, 1997).

Desde esta cultura de los “sobrantes” se consolida una operatoria extrema de la disyunción expresada en: “el otro no tiene nada que ver conmigo”. El “o yo o el otro” tanático se impone, con lo que la posibilidad de conjunción desaparece. Entre el Otro como “afuera” absoluto y el Yo como “adentro” impenetrable, se erige una disyunción de escenarios que multiplican excesos de rencor, violencia, desconfianza, y paranoia, lo que hace que las figuras de diálogo y negociación estén perimidas (Kaës, 1993; Kancyper, 1997).

Las posibilidades de la compasión y la tolerancia se empobrecen favoreciendo una identificación con el agresor por la cual se consensua que: “*si al otro algo le pasa, es porque se lo merece*”. El conjunto social elogia y se siente cada vez más seducido frente a administraciones de “mano dura”. Todo se denuncia. Como en los mejores sistemas totalitarios, la denuncia es incentivada, valorizada y protegida (“llame a tal teléfono y su denuncia será anónima”) (Frankel, 2002; Benítez, 2011).

Una consecuencia es que del: “la sociedad me necesita” propio de la modernidad tradicional, se pasa a un: “cualquiera es reemplazable”, trazando un extraño imaginario representado por una máquina social monadal y esquizofrénica que parece funcionar por sí misma, acompañando el anonimato del mercado y la globalidad virtual simbiotizante, que sustituye o hace inútil la acción ciudadana (Castells, 1996; 2006; Lukes, 2001).

De esta manera, lo importante ya no es lo idealizado compartido como señala el contrato social tradicional, sino lo imposible individualizado. Al estar deslegitimizado el contrato social, pasa a predominar la cuestión de la cláusula en particular por sobre el contrato en general, lo que se interpreta erróneamente como manifestación de individualismo, cuando en realidad es un intento de restaurar, fracturada y puntualmente, al lazo social. Cuando el Otro comienza a perder todo sentido, desespera esa necesidad de encontrar al menos un sentido donde sea (Simmel, 2002; Franco, 1998, 2000).

La instauración de lo precario en lo familiar

El desvanecimiento del Otro como garante de sentido se verifica también a nivel familiar, ante situaciones donde padres que no saben dónde poner o no poner límites, padres que ya no saben qué es educar o cuidar, padres que no saben en definitiva qué es ser padres, padres que dudan, se arrepienten, son agresivos, se culpabilizan. Padres siempre confundidos lo que lleva a situaciones de indisponibilidad y vulnerabilidad emocional (Lyons Ruth, 2004).

En este punto de inaccesibilidad emocional, familiar y paterna-materna, comienza pues lo que denominamos: “estructura de padres agobiados” y de “los adultos

desconcertados” (Klein, 2006), revelando a su vez padres humillados por condiciones sociales y de trabajo cada vez más empobrecedoras y violentas, donde la “lógica” del mercado, exime de responsabilidades sociales y empatías inherentes al contrato social (Forrester, 2000). El conjunto familiar alberga de esta manera, y no pocas veces, sentimientos de agobio y culpa frente a los hijos por la imposibilidad por parte de los padres de transmitirles lo que a su vez le fue transmitido a ellos (Volnovich, 2002).

De esta manera se vuelve inviable el ideal social común y compartido, en términos del pasaje de la familia de origen a una familia de destino y desde la subjetividad, la solidificación de la ambivalencia como base de la estructura emocional. Ya no queda claro qué es ni que significa la prohibición del incesto, y por ende, la prohibición del parricidio-filicidio. El Edipo “explota” en sus variedades dramáticas y se desparrama en diferentes versiones incestuosas (en términos de “comprensión” absoluta e irrestricta de los deseos del hijo, desde ir a la cama de los padres hasta el cambio de sexo), que hacen imposible de entender aquella “prohibición mayor” que aseguraba el devenir de las generaciones y el sentido del porvenir e inauguraba la idea de transmisión, de descendencia y de la ley como articulador esencial (Freud, 1924, 1924b; Kaës, 1993).

399

El padre ya no es el regulador de deseos y ya no está designado como representante “rotulado” de la ley (Aulagnier, 1994). Además de una política paterna-materna por ensayo y error, política de tanteo que agota y desconcierta, el padre ya no es más claramente el legítimo representante de un lazo social que lo dignifique y reconozca. Por el contrario, lo adulto ha pasado a ser el lugar del desempleo, la burla (Homer Simpson), y la destitución de cualquier tipo de autoridad. Probablemente sea también el emergente de un hecho inédito: un conjunto societario desconcertado que ya no puede proveer modelos claros y legitimados de lo qué es lo paterno-materno.

Si el complejo de Edipo era, desde el psicoanálisis, un organizador por excelencia, pasamos a un estado donde podemos percibir varios y múltiples desorganizadores, pero donde no se vislumbra qué organiza, qué hace estructura, qué calma y

apacigua. Ya no quedan claras las diferencias de sexos, ni qué es lo masculino o lo femenino (no es casualidad, pues, el auge del discurso del género no binario) y de generaciones, pero también se difuminan diferencias temporales y subjetivas: ya no es claro que la madre tiene que ver con los orígenes, el narcisismo, el pasado, mientras que el padre se pueda asociar a lo objetal, el futuro y la sucesión (Green, 1994, 1993, 1986; Freud, 1923, 1924b).

Habría que indagar si la sumaria de estos fracasos desconcertantes, se relaciona a las ofertas de lo virtual como seducción intrauterina, los espacios cerrados y claustrofóbicos y la imposibilidad de acceder a un lugar social ocupado por ideales compartibles (Taylor, 2006; Bleichmar, 2009, 2010). Se asientan de esta manera, la angustia de desamparo que aparece en torno a los fracasos de elaboración del narcisismo primario, y la angustia de asignación en torno al fracaso del ideal del yo, con sus manifestaciones en torno a problemas de autoestima, autorregulación, ansiedades difusas (Hornstein, 2013; Kaës, 1994; Bleichmar, 1984, 1997).

El sujeto ya no puede elegir así determinados valores para sentirse parte de un conjunto, con lo que ya no es parte del conjunto, ni miembro del conjunto ni representante del conjunto. No hay habilitación, ni marca, ni estructura, en tanto está obturada la cadena de los intercambios que vincula a la familia con lo social y viceversa. De esta manera lo discontinuo se asienta sobre lo continuo, y la escisión sobre la integración (Jelin, 2010; Kaës, 1996).

Recalquemos que la opción civilizadora de la modernidad tradicional pasaba (según el psicoanálisis) por renunciar a la madre, o poner a la madre bajo el lugar de lo prohibido y pasar a otro objeto femenino-masculino. Renunciar a lo materno para entrar a lo femenino-masculino. Pero esta situación es pasible de ser leída también bajo coordenadas espaciales y temporales, pues se trata de “romper” el espacio de lo materno para entrar a la dimensión de lo temporal-biográfico paterno (Freud, 1924; Laplanche, 1987).

Por el contrario, en la medida en que lo paterno-materno están “obstaculizados”, debido a que lo societario renuncia a erigirlos como figuras estructurantes, reconocidas y legitimadas, lo materno ya no puede garantizar orígenes y

basamentos y lo paterno tampoco puede garantizar futuro y salida exogámica, lo que parece emerger es una patología del antes, el pasado, como un espacio de yuxtaposición y amontonamiento que se reproduce siempre a sí mismo, opuesto al futuro y el porvenir, y generando tal vez estados de toxicidad (Bion, 1962).

Desglose de lo precario

En estas nuevas configuraciones es necesario insistir en la preeminencia del orden de lo precario, simultáneamente en tres registros: social, familiar y a nivel de la subjetividad. A nivel social implica la extrema fragilización de las condiciones de trabajo y estudio (transformados neoliberalmente en mercado laboral y de estudio), que pasan de representar condiciones de seguridad y continuidad a estar definido por lo amenazante. Esto amenazante implica una sensación de incertidumbre permanente donde situaciones inquebrantables se comienzan a quebrantar².

De esta manera, todo lo que otrora representaba operatorias de integración y cobijo se transmuta en estructuras de inminente e irreversible exclusión-expulsión, dentro de la sensación ominosa de la sensación de “catástrofe inminente”: cualquier cosa desastrosa sucederá en cualquier momento y en cualquier lugar, sin estructuras que atenúen o tranquilicen (Klein, 2006, 2002).

La precariedad a nivel familiar implica el desmoronamiento de lugares diferenciados y roles complementarios a favor de estructuras de aglutinamiento y sospecha y reclamos, donde lo paterno remite a lo ausente y lo materno a lo acusador, quebrándose un pacto de confianza imprescindible, al que se puedan ir sumando y articulando nuevos elementos (Roudinesco, 2003)

El espacio familiar se comienza a poblar de secretos, situaciones confusas, actitudes de exclusión. Como ya indicamos, la familia se transforma en un lugar de

² Quizás se relacione a lo que Beck (1997) llama sociedad de riesgo, pero se podría relacionar también con el hecho de que en la sociedad de bienestar lo precario era una figura transitoria y accidental, mientras que desde el neoliberalismo y la sociedad desconcertada se ha vuelto un rasgo que predomina, pasando a ocupar en cambio un lugar exiguo, aquello que asegura y tranquiliza (Dufour, 2005).

enigma para sí misma, ya no encontrándose sentido en la descendencia. El lugar del ancestro, la tradición y el legado entran en franco declive y cuando las parejas piensan en tener hijos, más que alegría y expansión narcisista, lo que sienten es agobio, agotamiento y deudas interminables a afrontar (Lichtenberg y Shapard, 2001; Baranger, 1962).

En el próximo apartado desarrollaremos esta presencia de precariedad a nivel de la subjetividad.

Los nuevos territorios de la Identidad

En primer lugar cabe indicar que parece importante señalar un factor también inédito, referente al desapuntamiento de los espacios etareos que servían como territorios de experimentación y crecimiento subjetivo. De esta manera, la “infancia”, la “adulter”, la “adolescencia” son masivamente desapuntadas, no pudiendo operar ni como referente para resignificar las experiencias que el niño, el joven o el adulto transita, ni como espacio complejo que permita intercambios, oposiciones, confrontaciones generacionales y sociales (Dolto, 1990; Kohut, 1982; Duschatzky, 2002).

Esta experiencia social donde lo etáreo es una estructura de vacío, implica el surgimiento de ansiedades ante experiencias de vida que como ya indicamos se amontonan sin poder recibir ya ordenación y sentido psíquico y social, consolidando un espacio desde el cual no se puede pensar, en el cual no se puede transcurrir, al cual no se puede conquistar y el que a su vez, por persistencia del amontonamiento, genera encriptamientos tóxicos tanto social como emocionalmente (Tisseron, 1997).

Es el momento de los “adolescentes sin adolescencia”, de los “adultos sin adulter”, de los “hombres sin masculinidad”, de las “mujeres sin femineidad”, de una “subjetividad sin aparato psíquico”. Se consolidan de esta manera diversos desgarros donde la falta de situaciones intermediarias o negociadoras hace que estos niños y estos jóvenes y sus padres, estén saturados de cosas y a su vez -paradójicamente- sin nada, porque todo pasa por el filtro pertinaz de la pregunta

sobre cómo conservar aquello que está, pero que es evanescente: el padre, la madre, el hermano, un amigo, lo social, revelando una “patologización de los espacios transicionales” que hace fracasar la constitución de una distancia óptima, por lo que todo está ausente o está presente, todo está fusionado o hiperdiscriminado, sin que se pueda pensar desde lo ausente (Winnicott, 1972, 1981; Braconnier, 1996),

La cuestión de la llamada sociedad de envejecimiento

Junto a los factores ya reseñados, indiquemos que simultáneamente es cada vez más patente que se va configurando una nueva forma de sociedad a la que se denomina, desde la transición demográfica avanzada, sociedad de envejecimiento. Una de sus consecuencias, es que la población de adultos mayores se va incrementando, mientras que la población de niños y jóvenes va decreciendo (Bengtson, 2004; OMS, 2017; CEPAL 2019).

De esta manera, para el año 2050 el 21.8% de la población mundial será de adultos mayores (ONU, 2008). En los países del hemisferio norte, hasta el año 2050, la población de 60 años pasará de 667 a 2008 millones de personas, mientras que la población de 80 años pasará de 87 a 395 millones de personas (ONU, 2008, 2018, 2019).

Esta transición, implica además un cambio de correlación entre la población de niños y de adultos mayores. Para el año 2050, en las zonas más desarrolladas, la proporción de niños será de 15.4% comparada con 32.6% de adultos mayores. En las regiones menos desarrolladas, para el año 2050 la proporción de adultos mayores será de 20.2% y de niños será de 20.3% (ONU, 2008, 2018, 2019).

Al mismo tiempo se observa que el crecimiento de la población continúa, pero se va desacelerando. Mientras que del año 1950 al 1990 se pasó de 2.500 millones de personas a 5.300 millones de personas, del año 2025 al 2050 pasará de 8.000 millones de personas a “sólo” 9.200 millones de personas. Estos datos hacen pensar que en los países más desarrolladas el crecimiento será negativo y tenderá a decrecer, por lo que su probable crecimiento sólo pueda ser por migración. En

cambio en los países no desarrollados, el crecimiento aún podría ser (no en todas las regiones, hay que aclarar), natural (Leeson y Harper, 2007).

Por ende, la baja de natalidad es una constante por el momento irreversible. No hay tasa de reemplazo. La tasa de reemplazo poblacional es de 2.3 hijos por pareja. En este momento es de 1.8 hijos y tiende a decrecer. O se espera al límite biológico para tener el primer y único hijo o nunca se lo tiene (Leeson, 2009).

En un mundo pues, donde se ha renunciado a tener hijos, el crecimiento del mundo civilizado solo puede ser, por ende, migracional. Esto explica que por ejemplo Alemania necesita 3.4 millones de inmigrantes por año en promedio hasta 2050, comparado con 270.000 por año al final del siglo XX. Por su parte la Unión Europea necesitará 12.7 millones de inmigrantes por año en promedio hasta 2050, comparado con los 860,000 por año que necesitaba al final del siglo XX. Por tanto, para el año 2050 el número neto anual de inmigrantes que necesitará la Unión Europea será la mitad del crecimiento anual de la población mundial (Leeson y Harper, 2006, 2007).

404

De esta manera, la gran lucha en torno a la continuidad de las naciones en el siglo XXII y en siglos posteriores, no será por el agua, ni por el petróleo, ni por alimentos, sino por gente. Simplemente: por gente. No por desabastecimiento de alimentos, sino por desabastecimiento de población. En un mundo donde habrá cada vez menos gente, la supervivencia de las naciones del Hemisferio Norte se jugará en aquellas que logren atraer y conservar el mayor número de contingente humano del Hemisferio Sur.

De allí la necesidad de implementar una migración masiva, legal y organizada. ¿Será pues el momento de la utopía de una humanidad de fronteras abiertas? ¿De libre circulación de personas? Por supuesto que sí, pero sin embargo, y en el momento más inoportuno resurgen los odios, las xenofobias, el recelo contra el extranjero que hacen imposible la migración imprescindible.

Pero, ¿qué sucede con los inmigrantes? Se podría decir que en la consolidación de un mundo de inintegrables, los inmigrantes parecen ser los inintegrables por

excelencia. Pero con una diferencia radical: es autoimpuesta. Parece ser que estos nuevos inmigrantes de segunda y tercera generación ni admiran ni reconocen, ni creen que haya nada que reconocer ni admirar, en el nuevo contexto donde viven (Atkinson, 1998).

Efectivamente, todo parece indicar que estos inmigrantes no sienten ni gratitud ni identificación con dicha sociedad, la que no sienten que los ha “acogido”, por el contrario, se sienten frustrados ante la misma, convencidos de que se les regatean derechos y potestades de las que disfrutaban los europeos blancos de origen (Atkinson, 1998).

Por otro lado, si la presencia de estos nuevos tipos de inmigrante perturba, no es solo por su deseo de no integrabilidad, sino porque es expresión misma de que no hay ni necesidad ni posibilidades de “integrarse” a la sociedad. Y aún así, sin embargo y como ya indicamos esta inmigración extremadamente dilemática, ocupa un lugar clave y decisivo para el mundo europeo y el Hemisferio Norte, para garantizar continuidad poblacional (Leeson y Harper, 2008, 2007).

De cualquier manera, y más allá de cómo el Hemisferio Norte, resuelva sus racismos y xenofobia, parece vislumbrarse un futuro donde no habrá quién trabaje, donde no habrá a quién educar, donde los bebés serán una rareza.

Así pues, si seguimos siendo menos, desaparecemos.

Hay que destacar que esta baja de natalidad no es solo debido a que las mujeres aplacen la edad de concepción o que decidan no tener hijos. Es algo más estructural y va más allá de hacer de la mujer chivo expiatorio de la situación. Pero al mismo tiempo, no deja de generar estupefacción, que el tema más inquietante y ominoso del siglo XXI, no es comentado, ni advertido, ni estudiado...

De acuerdo a lo ya indicado en este trabajo querríamos indicar que esta especie de “consentimiento” social a la propia extinción, quizás se pueda relacionar a que el sentido de trascendencia y descendencia se agota. Desde aquí, podríamos señalar que tal vez el punto esencial de la ya casi nula natalidad es que las parejas ya no quieren tener hijos, ni entienden cuál es el sentido de tener hijos.

Como ya se señaló precedentemente, de una u otra manera, ya no hay continuidad generacional. El clima cultural impone la idea de que la nueva generación ha de construirlo todo nuevamente. No hay precedentes ni futuro. Todo es presente. Todo es volver a comenzar (Klein, 2013). Insistimos: no es un problema biológico de problemas de la gestación ni de nuevos roles femeninos. Entonces, ¿es una estructura de detención y parálisis generacional?

Y si lo fuera, ¿es posible señalar un hilo conductor entre situaciones sociales cada vez más adversas y agobiantes y el no-deseo de gestación? ¿Sería inaudito suponer que ante un panorama social agotador, escaso y confuso, -donde se sigue exigiendo desde la exigencia más severa sin dar nada a cambio o apenas deuda-, el ser humano siente que ha llegado al límite de un malestar más allá del malestar, más allá de cualquier malestar? ¿Y dónde ya no basta el sometimiento, la obediencia, el “portarse bien”, el esfuerzo, el agotamiento y en realidad, donde parece que nada basta y nada es suficiente, en términos de reclamos sociales, de exigencias normativas, de apremios identitarios? (Klein, 1928; Deleuze, 1991)

Y todo esto desde un panorama cada vez más fragmentado y huidizo, donde los sistemas expertos están erradicados, donde vivir es endeudarse, donde el empobrecimiento en distintos grados es la regla general, donde el predominio de una cultura tanática, sin contrapeso de lo libidinal, lo sexual, lo elaborador, lleva a callejones sin salida, a guettos asfixiantes, a políticas siempre condenadas al fracaso.

¿Se trata pues del límite del agotamiento, la paciencia, la tolerancia del sujeto individual y el sujeto colectivo, con lo que frente a la violencia de un societario despojado del contrato social, el humano contrapone la violencia (¿o el “alivio” o la “revancha”?) de su exterminio? Cabe preguntarse entonces: ¿el sujeto colectivo se extingue sin tomar conciencia de su extinción, deseando pues extinguirse?

La cada vez más y más baja tasa de reposición poblacional, implica una decisión auto-genocida sin precedente alguna en la historia de la Humanidad. No tener hijos es eliminar el lugar filial, pero también el lugar paterno-materno, el lugar fraternal y el lugar de las generaciones, el heredero y la herencia ¿Asistimos, pues, de forma

radical a un genocidio tanático consentido, inadvertido tanto como irreversible y cómplice?

Conclusiones

Este trabajo intenta situar a lo confusional, lo tanático y lo precario como elementos que cada vez destacan más en el campo de lo societario, lo psicosocial y lo subjetivo, como emergentes que invariablemente desorganizan desde formas societarias que ya poco o nada tienen que ver en términos de “malestar” cultural. Aquel “malestar” cultural de otrora, generaba síntomas, rebeldías y capacidad de confrontación, cuando no revoluciones y revueltas. En cambio, hoy en día enfrentamos situación de un instituido cada vez más extendido, sopor e hiperadaptación.

¿A partir de aquí, cabe preguntarse, cuál es el hilo conductor que permitiría dar una explicación o al menos un entramado comprensible a estas situaciones? La pregunta es válida y pertinente. La sociedad del “malestar en la cultura”, disciplinaba, ordenaba y normatizaba para garantizar transmisión, ideología y/o mantenimiento de grupos o sub-grupos de poder. Podemos recurrir a Gramsci, Marx, Foucault para ilustrar sociológicamente este punto.

Pero en este caso, ¿es así? ¿Estamos ante un societario que legitima lo confuso y lo precario para su preservación? ¿Es ese el hilo conductor? Pues hemos sugerido que con estas estrategias, lo único que está logrando el societario es que la carga de vivir en sociedad, de aceptar sus reglas y normas, se vuelva intolerable, absurda o incomprensible. Pero, como cada vez es más improbable generar instituyentes que planteen alternativas, en situaciones además donde los movimientos sociales se parapetan en estrategias paranoicas de denuncia y auto-promoción, parecería que la única alternativa que queda es *renunciar* a todo: la paternidad, la maternidad, la transmisión, la continuidad generacional y a través del cese de la reproducción, asistir al fin de la Humanidad.

¿Estamos pues ante un genocidio tan consentido como alarmantemente inadvertido? ¿Es este el hilo conductor que al menos podría dar cierta racionalidad

a un conjunto tan irracional? Una respuesta taxativa escapa a los límites intelectuales de este trabajo, pero de cualquier manera es necesario indicar que ante un societario que parece desatenderse de cualquier entramado que remita al contrato social, instaurando políticas de confusión, desconcierto y agobio, y donde asistimos además a lo que aquí se denomina como: “precarización de lo precarizado”, es válido preguntarse si no estamos ante elementos que nos impiden ignorar la presencia de una cultura tanapolítica de destrucción y daño, tal vez irreparable.

Societario anonadado en la estultofilia, el desconcierto, los miedos saqueadores y la imposibilidad de administrar y negociar un entramado social cada vez más escaso, tanto como implacable, severo y agotador. El sujeto que forma parte de ese societario a veces es tratado como ciudadano, otras es des-ciudadanizado, otras es un inintegrables, otras es masacrado (podría pensarse: físicamente o simbólicamente) y finalmente otras es un ajeno, un extraño, un irreconocible.

Estamos pues ante situaciones catastróficas (Lewkowicz, 2004), que mutan el tejido social en relación a una descontractualización generalizada que imposibilita mantener situaciones sociales, subjetivas y vinculares de forma homeostática. Lo que surge es errático, vacío, endeudante, siempre en falta.

En definitiva son situaciones que, unidas a otras de desamparo y abandono social, acentúan rasgos de violencia, que parafraseando a Marcuse (Elliot, 1995) implican pasar de una sobrerrepresión a una violencia-sobrante, consolidada por una aparente indiferencia ante los desgarros y dilemas del tejido social. Esta cultura mutacional es entonces predominantemente tanática (Laplanche y Pontalis, 1981) en tanto paraliza, rompe y hace imposible la ficción eficaz del lazo erótico de la integración y el contrato social de la sociedad tradicional.

Quizás se podría indicar que la sociedad crea en definitiva los problemas y desgarros de los que se queja: odios, desconsuelos, malestar, pobreza, vulnerabilidades... Si así fuera la expresión “problemática social” perdería sentido y habría que agregar que los “problemas” sociales, desde tal perspectiva no se pueden solucionar: se extinguen, mutan o se modifican por otros, pero no se

“solucionan”, pues efectivamente el par “problemática-solución” corresponde a una perspectiva de lo social ingenuamente sistémica, racional y enlazada al sentido común. Por el contrario, lo social parece acercarse contemporáneamente más a lo paranoico, la paradoja, la ambigüedad y lo tanatopolítico.

Habría asimismo que distinguir la sociedad de lo societario. En lo societario se podría ubicar quizás la ficción eficaz del contrato social y el lazo social (Kaës, 1993), en el sentido de ideales comunes que se consensúan como legitimizantes para dar cuenta del conjunto que historiza sobre sí mismo. Si esto fuera así, se podría entender que lo que hace balance al malestar de la sociedad, es su capacidad societaria y cuando la misma mengua o desfallece, se hace imposible disimular la carga disruptiva de lo social (Arendt, 1998; Castoriadis, 1992).

Se trata entonces de resituar las dicotomías en debate. El punto de partida quizás implique repensar si se anula o se mantiene la figura del *portador*, es decir, si hay un sujeto que siente que puede aportar algo de lo social, tanto como lo social porta algo del sujeto; si se anula o se mantiene la figura del *apuntalante*, es decir, si el sujeto se siente representado en los conjuntos y si los conjuntos se sienten representados en los sujetos, y finalmente si se anula o se mantiene la figura del *guardián*, o sea, si el sujeto quiere o puede cuidar o preservar lo social, tanto como lo social cuida y preserva al sujeto (Kaës, 1993).

Y si, correlativamente, con la anulación del portador, apuntalante y el guardián, se imbrica a la decisión de impedir que continúe la reproducción de la Humanidad, una Humanidad, a la que, desde lo ya expuesto, ya no se encuentra sentido en perpetuarla o se perturba tanto que se la desea extirpar, aunque el precio sea la propia desaparición del sujeto colectivo.

Se indicará que no todo puede ser dramático y grave. Por supuesto, que no. Y sin embargo, ¿los académicos se han puesto a reflexionar qué significa en términos simbólicos y culturales que la tasa de reposición poblacional sea cada vez más pequeña y se achique hasta números alarmantes que se acercan cada vez más al cero y lo negativo? Es decir, que la Humanidad no se reproduce ni se transmite.

Y sin embargo no es la primera vez que una raza de homínidos se extingue. Hay que recordar que el Homo Neanderthal existió hace aproximadamente 200.000 años y se extinguió (aproximadamente) hace 40.000 o 30.000 años, luego de 5.000 años de coexistencia con el Homo Sapiens. Al igual que los homínidos contemporáneos el Neanderthal nunca aumentó su población, la que habiendo llegado aparentemente a un máximo de 7.000 individuos en Europa, comenzó a descender inevitablemente. Se dice, como explicación de ese declive, que el entorno cambió, que los sapiens robaron sus recursos, que se hibridaron.

Pero, ¿y si la realidad fuera otra? ¿Y si, como ya hemos sugerido páginas atrás para el sujeto de la sociedad desconcertada, el Neanderthal fue perdiendo el deseo de vivir? ¿Y si su rival homínido fue para él lo que para la Humanidad actual parece ser esta bruta imposición del desconcierto societario, que hace caer irremediabilmente en el malestar, el desasosiego, la melancolía de que se haga lo que se haga todo está finalmente perdido, es absurdo o bizarro? En definitiva, la imposición violenta y delirantemente coactiva (metonímicamente equivalente al *Konzentrationslager*) que hace ir perdiendo la esperanza hacia el otro, las ganas de vivir, la alegría por el descendiente, el resguardo narcisista que proviene de la herencia y la transmisión generacional, la caída en la melancolía del cero y la extinción.

410

Cultura tanática de un genocidio que probablemente nadie enunciaría conscientemente como tal, pero del cual ya se advierten sus consecuencia y del cual todos somos, desde el silencio, sus cómplices.

Este trabajo pues aborda aristas incómodas y polémicas en torno al societario en el que vivimos. A riesgo de malentendidos y posibles rispideces, creemos que el riesgo de exponer las mismas vale la pena. La onda cultural totalitaria, que a nombre de lo políticamente correcto, se yergue como una sombra amenazante sobre nuestra capacidad crítica y emancipadora de pensamiento, no debería encontrarnos cómplices ni claudicantes ante la ética de la indagación científica ni ante los problemas que se yerguen en este siglo XXI y ante los siglos venideros.

¿Cómo se cita este artículo?

KLEIN CABALLERO, A. (2022). La precariedad de lo precario como agotamiento social Una aproximación alternativa a la llamada “sociedad del envejecimiento”. *Argumentos. Revista de crítica social*, 26, 386-419. [link]

Bibliografía

Anders, G. (2011). *La obsolescencia del Hombre*. Editorial Pre-textos.

Arendt, H. (2005). *La condición humana*. Paidós.

Arendt, H. (1998). *Los orígenes del totalitarismo*. Taurus.

Ariès, Ph. & Duby, G. (1990). *Historia de la vida privada, 10. El siglo XX: las diversidades culturales*. Taurus.

Atkinson, T. (1998) *Poverty in Europe*. Wiley-Blackwell.

Aubrée, M. (2005). Pentecostés y Apocalipsis: dos maneras de entrar en los “tiempos nuevos. En *Coloquio IDYMOV. Construir y vivir la diferencia. Los actores de la multiculturalidad en México y Colombia* (pp. 33-46). CIESAS.

Aubrée, M. (2004a) Identidades colectivas en la Costa Chica: de lo étnico y lo religioso. En O. Hoffmann, M.T. Rodriguez y M. Zambrano (Eds.), *Memoria de la Segunda Reunión Anual del Proyecto Bogotá* (Documentos IDYMOV N° 2) (pp. 107-116). CIESAS.

Aubrée, M. (2004b) Religião e violência numa perspectiva transcultural e transnacional. As violências múltiples do religioso. En M. S. Pereira y L. Santos de A. (Comps.), *Religião e Violência em tempos de globalização* (pp. 173-195). Paulinas.

Aulagnier, P. (1994). *Los destinos del placer: alienación, amor, pasión*. Paidós.

Aulagnier, P. (1975). *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Amorrortu.

Baranger, W. (1962). El muerto vivo: estructura de los objetos en el duelo y en los estados depresivos. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 4(4), 586-603.

- Bauman, Z. (2017). *Tiempos líquidos: vivir en una época de incertidumbre*. Tusquets.
- Bauman, Z. (2013). *Vida líquida*. Planeta.
- Bauman, Z. (2007). *Miedo líquido: la sociedad contemporánea y sus temores*. Paidós.
- Bauman, Z. (2005). *Amor líquido: acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (1999). *Modernidade e Ambivalencia*. Jorge Zahar Editor.
- Beck, U. (Coord.). (1997). *Modernización reflexiva-política, tradición y estética en el orden social moderno*. Alianza Universidad.
- Bengtson, V. L. (2004). Beyond the nuclear family: The increasing importance of multigenerational bonds. *Journal of Marriage and the Family*, 63(1), 1-16.
- Benítez, S. (2011) Tiempo y clase en la modernidad. Una visión a partir de Elias y Foucault. *Estudios sociológicos*, 29(87), 949-980.
- Bion, W.R. (1962). *Aprendiendo de la experiencia*. Paidós.
- Birman, J. (2001). *Mal-estar na atualidade*. Civilização Brasileira.
- Bollas, C. (1993). *Fuerzas de destino. Psicoanálisis e idioma humano*. Amorrortu.
- Bollas, C. (1991). *La sombra del objeto. Psicoanálisis de lo sabido no pensado*. Amorrortu.
- Bleichmar, H. (1997). *Avances en Psicoterapia Psicoanalítica. Hacia una técnica de intervenciones específicas*. Paidós.
- Bleichmar, S. (2010). La identidad como construcción. En E. Rotenberg y B. Agrest Wainer (Comps.), *Homoparentalidades. Nuevas familias* (pp. 33-46). Lugar.
- Bleichmar, S. (1984). *En los orígenes del sujeto psíquico: del mito a la historia*. Amorrortu.

- Bleichmar, S. (2009). *El desmantelamiento de la subjetividad*. Topia.
- Braconnier, A. (1996). La depresión en la adolescencia, un avatar de la transformación del objeto del amor. *Revista de Psicoanálisis de Niños y Adolescentes*, (9), 55-67
- Bruschini, C. (1981). Teoria crítica da família. *Cadernos de Pesquisa*, (37), 98-100.
- Castel, R. (1997). *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Paidós.
- Castells, M. (1996). *The Rise of the Network Society*. Blackwell.
- Castells, M. (2006). *O Poder da Identidade*. Paz e Terra.
- Castoriadis, C. (2004). *Sujeto y verdad en el mundo histórico-social*. Fondo de Cultura Económica.
- Castoriadis, C. (1992). *A criação histórica*. Artes e ofícios.
- Castoriadis, C. (1982). *A Instituição imaginária de sociedade*. Paz e Terra
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe. (2019). *Proyecciones de Población*. CEPAL
- Corea, C. y Lewkowicz, I. (2004). *Pedagogía del aburrido. Escuelas destituidas, familias perplejas*. Paidós.
- Chasseguet Smirgel, J. (1975). *El ideal del yo*. Amorrortu.
- Deleuze, G. (1991). Posdata sobre las sociedades de control. En C. Ferrer (Comp.), *El lenguaje libertario* (pp. 1-4). Nordan.
- Dolto, F. (1990). *La causa de los adolescentes*. Seix Barral.
- Donzelot, J. (1998). *La policía de las familias*. Pre-Textos.
- Dufour, R. (2005). *A arte de reduzir as cabeças. Sobre a nova servidão na sociedadeultraliberal*. Companhia de Freud Editora.

Duschatzky, S. (Coord.). (2002). *Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*. Paidós.

Elias, N. (2009). *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Fondo de Cultura Económica.

Elliot, A. (1995). *Teoría social y psicoanálisis en transición - Sujeto y sociedad de Freud a Kristeva*. Amorrortu.

Enriquez, E. (2001). El fanatismo religioso y político. En A. Lévy, A. Nicolai, E. Enriquez y J. Dubost (Comps.), *Psicosociología, análisis social e intervención* (pp. 67-77). Auténtica.

Epele, M. (2010). *Sujetar por la herida. Una etnografía sobre drogas, pobreza y salud*. Paidós.

Erikson, E. (2000). *El ciclo vital completado*. Paidós Ibérica.

Foucault, M. (1976). *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*. Siglo XXI.

Franco, Y. (2000). *Subjetividad: lo que el mercado se llevó. (Una perspectiva desde el pensamiento de Cornelius Castoriadis)*. www.magma-net.com.ar/subjetividad.htm

Franco, Y. (1998). *Más allá del Malestar en la Cultura*. <https://www.topia.com.ar/articulos/mas-alla-del-malestar-cultura>

Frankel, J. (2002). Explorando el concepto de Ferenczi de identificación con el agresor. Su rol en el trauma, la vida cotidiana y la relación terapéutica. *Aperturas psicoanalíticas*, (11). <http://www.aperturas.org/articulo.php?articulo=201>

Forrester, V. (2000). *Una extraña dictadura*. Fondo de Cultura Económica.

Freud, S. (1930). *El malestar en la cultura*. En *Obras Completas (Tomo XXI)* (pp. 57-140). Amorrortu.

Freud, S. (1924). *El problema económico del masoquismo*. En *Obras Completas (Tomo XIX)* (pp. 161-176). Amorrortu.

- Freud, S. (1924b). El sepultamiento del Complejo de Edipo. En *Obras Completas (Vol. XIX)* (pp. 177-188). Amorrortu.
- Freud, S. (1923). El Yo y el Ello. En *Obras Completas (Vol. XIX)* (pp. 1-66). Amorrortu.
- Giddens, A. (2006). *La constitución para la sociedad. Bases para la estructuración de la sociedad*. Amorrortu.
- Giddens, Anthony (1997). *Modernidad e identidad del Yo*. Península.
- Giddens, A. (1995). *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Cátedra.
- Giddens, Anthony (1990). *Consecuencias de la modernidad*. Alianza Universidad.
- Girola, L. (2007). Normas para vivir juntos sin matarnos. En G. Zabudovsky (Comp.), *Sociología y cambio conceptual* (pp. 70-89). Siglo XXI.
- Green, A. (1994). *De locuras privadas*. Amorrortu.
- Green, A. (1986). *Narcisismo de vida. Narcisismo de muerte*. Amorrortu.
- Green, A. (1993). *El trabajo de lo negativo*. Amorrortu.
- Habermas, J. (1998). *Facticidad y validez. Sobre el derecho y el Estado democrático de derecho en términos de teoría del discurso*. Trotta.
- Habermas, J. (1989). *El discurso filosófico de la modernidad*. Taurus.
- Habermas, J. (1988). La modernidad, un proyecto incompleto. En H. Foster (Comp.), *La posmodernidad* (pp. 19-36). Kairós.
- Hornstein, L. (2013). *Las encrucijadas actuales del psicoanálisis. Subjetividad y vida cotidiana*. Fondo de Cultura Económico.
- Huizinga, J. (2005). *Homo ludens. El juego y la cultura*. Fondo de Cultura Económica.
- Jelin, E. (2010). *Pan y afectos. La transformación de las familias*. Fondo de Cultura Económica.

Kaës, R. (1996). (Coord.), *Transmisión de la Vida Psíquica entre Generaciones*. Amorrortu.

Kaës, R. (1994). *La dimensión psicoanalítica de grupo*. Asociación de Psicología y Psicoterapia de grupo.

Kaës, R. (1993). *El grupo y el sujeto del grupo. Elementos para una teoría Psicoanalítica del Grupo*. Amorrortu.

Kaës, R. (1987). *La institución y las instituciones. Estudios psicoanalíticos*. Editorial Paidós.

Kancyper, L. (1997). *La confrontación generacional*. Paidós.

Kehl, R. (2000). (Coord.). *Função fraterna*. Relume Dumará.

Klein, M. (1928). *Estadios tempranos del complejo edípico. Contribuciones al Psicoanálisis*. Hormé.

Klein, A. (2021). Tanatopolítica, neoliberalismo y coronavirus, un recorrido por los excesos. *Intersticios Sociales*, (21), 99-124.

Klein, A. (2020). COVID-19: Los adultos mayores entre la “revolución” gerontológica y la “expiación” gerontológica. *Research on Ageing and Social Policy*, 8 (2), 120-141.

Klein, A. (2013). *Subjetividad, Familias y Lazo social. Procesos psicosociales emergentes*. Ediciones Manantial.

Klein, A. (2012). Empobrecimiento, nuevos pobres y viejos pobres. Un palimpsesto de inscripciones borrosas. *Espiral. Estudios sobre Estado y Sociedad*, 19(55), 119-155.

Klein, A. (2006). *Adolescentes sin adolescencia: Reflexiones en torno a la construcción de subjetividad adolescente bajo el contexto neoliberal*. Psicolibro Universitario.

Klein, A. (2002). *Imágenes del adolescente desde el psicoanálisis y el imaginario social. Condiciones de surgimiento de la adolescencia desde la modernidad y el disciplinamiento adolescentizante desde la pos-modernidad*. Psicolibros.

Kohut, H. (1982). Introspection, empathy and the semi-circle of mental health. *The International Journal of Psychoanalysis*, 63(4), 395-407.

Kohut, H. (1980). *La Restauración del sí-mismo*. Paidós.

Kohut, H. (1977). *Análisis del Self- El tratamiento psicoanalítico de los trastornos narcisistas de la personalidad*. Amorrortu.

Kymlicka, W. y Norman, W. (1997). El retorno del ciudadano. Una revisión de la producción reciente en teoría de la ciudadanía. *Ágora. Cuaderno de Estudios Políticos*, (7), 5-42.

Laplanche, J. (1987). *Nuevos Fundamentos para el Psicoanálisis*. Amorrortu.

Laplanche, J. y Pontalis, J.-B. (1981). *Diccionario de Psicoanálisis*. Labor.

Leeson, G. (2009). Demography, Politics and Policy in Europe. En P. Ludlow, (Comp.), *Setting EU Priorities 2009* (pp. 102-124). The European Strategy Forum.

Leeson, G. y Harper, S. (2008). *Some Descriptive Findings from the Global Ageing Survey. Investing in Later Life* (Research Report No. 108). University of Oxford, Oxford Institute of Ageing.

Leeson, G. y Harper, S. (2007). *Ageing and Later Life. United Kingdom and Europe*. (Research Report No. 107). University of Oxford, Oxford Institute of Ageing.

Leeson, G. y Harper, S. (2006). *Attitudes to Ageing and Later Life* (Research Report No. 106). University of Oxford, Oxford Institute of Ageing.

Lewkowicz, I. (2004). *Pensar sin estado. La subjetividad en la era de la fluidez*. Paidós.

Lichtenberg, J. y Shapard, B. (2001). El odio rencoroso y vengativo y sus recompensas: una visión desde la teoría de los sistemas motivacionales. *Aperturas Psicoanalíticas*, (8). <http://www.aperturas.org/articulo.php?articulo=0000157>

Lukes, S. (2001). Poder y autoridad. En T. Bottomore y R. Nisbet (Comps.), *Historia del análisis sociológico* (pp. 719-761). Amorrortu.

Lyons Ruth, K. (2004). La disociación y el diálogo infanto-parental: una perspectiva longitudinal a partir de la investigación sobre apego. *Aperturas Psicoanalíticas*, (17). <https://aperturas.org/articulo.php?articulo=0000290&a=La-disociacion-y-el-dialogo-infanto-parental-una-perspectiva-longitudinal-a-partir-de-la-investigacion-sobre-el-apego>

Machado, M. (1996). *Carismáticos e pentecostais: adesão religiosa na esfera familiar*. Autores Asociados/ ANPOCS.

Marcuse, H. (1981). *Eros y civilización*. Ariel.

Marcuse, H. (1970). *Cultura y Sociedad*. Sur.

418

Merton, R. (1964). *Teoría y estructuras sociales*. Fondo de Cultura Económica.

Missenard, A. (1989). (Coord.). *Lo negativo, figuras y modalidades*. Amorrortu.

Organización Mundial de la Salud. (2017). *Envejecimiento y ciclo de vida*. <https://www.who.int/es/news-room/fact-sheets/detail/ageing-and-health>

Organización de las Naciones Unidas. (2019). *World Population Prospects 2019. Highlights*.

https://population.un.org/wpp/publications/files/wpp2019_highlights.pdf

Organización de las Naciones Unidas. (2018). *World Urbanization Prospects. The 2018 Revision*. <https://population.un.org/wup/Publications/Files/WUP2018-Report.pdf>

Organización de las Naciones Unidas. (2008). *World Population prospects. The 2008 Revision*.

https://www.un.org/development/desa/pd/sites/www.un.org.development.desa.pd/files/files/documents/2020/Jan/un_2008_world_population_prospects-2008_revision_volume-ii.pdf

Pires do Rio Caldeira, T. (2000). *Cidade de muros-Crime, segregação e cidadania em São Paulo*. Edusp.

Roudinesco, E. (2003). *La familia en desorden*. Fondo de Cultura Económica.

Sader, E. y Gentili, P. (1999). *La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social*. Editora Universitaria de Buenos Aires.

Sader, E. (2008). *Posneoliberalismo en América Latina*. CLACSO

Simmel, G. (2002). *Sobre la Individualidad y las formas sociales. Escritos Escogidos*. Universidad Nacional de Quilmes.

Tavares, L. (1999). *Os custos sociais do ajuste neoliberal no Brasil*. CLACSO.

Taylor, Ch. (2006). *Fuentes del yo, la construcción de la identidad moderna*. Paidós.

Tisseron, S. (1997). (Coord). *El psiquismo ante la prueba de las generaciones: clínica del fantasma*. Amorrortu.

Urribarri, R. (1990). Sobre adolescencia, duelo y a posteriori. *Revista de Psicoanálisis*, 47(4), 785-807.

Valdré, R. (1998). Experiencia psicoterapéutica en adolescentes con toxicomanía de éxtasis. *Psicoanálisis con Niños y Adolescentes*, (11), 134-154.

Volnovich, J. C. (31 de enero de 2002). El default con nuestros hijos. La desesperación por no cobrar. El dolor de no poder pagar. *Clarín*. <http://edant.clarin.com/diario/2002/01/30/o-01901.htm>

Winnicott, D. (1981). *El proceso de maduración en el niño*. Laia

Winnicott, D. (1972). *Realidad y Juego*. Gedisa.

Zizek, S. (2001). *El sublime objeto de la ideología*. Siglo XXI.